

GEDEON es el periódico de menos circulación de España

GEDEON

Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número
ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre	1,50 pesetas.
Año	6 —
Provincias y Portugal, tri- mestre	2 —
Año	9 —
Número atrasado	0,25 —
25 ejemplares	1,50 —

AÑO IV

Madrid 17 de Febrero de 1898

NÚM. 119

ULTIMA HAZAÑA YANKEE



Ya se atreve este tío á meter la mano en la boca del león...
Pero es para robar cartas.

Jueves de Gedeón

—¿Qué lees con tanta atención, Calínez?
 —El *bordereau* de Dupuy de Lome.
 —¿Has visto tú nada semejante? ¡Llamar polí-
 castro a Mac Kinley! Con harta razón se incomodan
 los yankees y nos exigen una reparación. Yo que
 Sagasta mandaba a Dupuy de Lome a la isla del
 Diablo.
 —Eso sería ascenderle. ¿Y tú crees que el famoso
bordereau es realmente suyo?
 —Como es tuya tu cartera... hasta que te la ro-
 ben.
 —Sí, pero si a mí me robasen mi cartera exigiría
 que prendiesen a los ladrones.
 —Eso parece lo natural; pero imagínate que se te
 había ocurrido escribir en las hojas de aquella cual-
 quier apreciación; por ejemplo, la tan conocida de
 «me carga el Dante», pues ya eras tú el que tenías
 que dar satisfacción a los rateros.
 —Mira, Gedeón, yo no veo eso muy claro. Si la
 cartera es mía puedo escribir en ella lo que me dé
 la gana, y si el Dante se quejara de mis apreciaciones,
 yo le preguntaría:—Diga usted, señor Dante, y
 usted ¿cómo tiene en su poder mi cartera?
 —Bueno, pero entonces te describía Muledo
 (y perdón el distinguido ateneísta).
 —O no me describía. En fin, este *bordereau* de
 Dupuy de Lome va a meter tanto ruido como el
 otro, y lo triste es que Zola está ocupadísimo en
 París: si no era cosa de enviarle a Nueva-York como
 representante nuestro. ¿Qué a gusto se hallaría el
 eminente escritor naturalista, tan aficionado litera-
 riamente a todo lo sucio en aquel pueblo de las ca-
 sas altas y las vistas bajas!
 —Cállate, hombre; el otro día estuve en el Mata-
 dero por menesteres de mi carroza...
 —¿Con que vas a hacer una carroza, Gedeón?
 ¡Que calladito te lo tenía!
 —Sí, yo me lo tenía bastante callado, pero vino
 la prensa de gran circulación y tiró de la manta.
 Por cierto que no tiró bien, pues si es verdad que
 yo voy a hacer una carroza con cerdos vivos, no lo
 es en cambio que les meta en una jaula ni les
 ponga servilletas, ni los presente comiendo. Los
 coloco en una plataforma sentados y gruñendo.
 ¿Que qué es lo que discuten? Quiero decir, ¿que
 qué es lo que gruñen? Eso lo sabremos por los ca-
 blegramas.
 —¿Ay Gedeón, tu carroza me parece una carroza
 pasada por agua!
 —Figúrate; si la tendré que regar a menudo. ¡Ta-
 les seres habrá en ella!
 —Y en confianza, Gedeón, ¿qué representa tu ca-
 rroza?
 —¿Qué ha de representar? Nada absolutamente.
El cerdo libre en el estado libre. Un punto de vista
 baja de la sociología moderna.
 —Vamos, en ese caso tu carroza no nos puede
 traer ninguna clase de complicaciones. ¿La llevarás
 a la batalla de flores?
 —Naturalmente.
 —Pues ya sé lo que les van a tirar a tus hués-
 pedes. Margaritas. ¿Y cuánto tiempo la expondrás
 al público?
 —Desde las primeras horas de la tarde hasta la
 noche.
 —¡Malo, malo!
 —¿Por qué malo?
 —Porque si la noche está serena se verán las es-
 trellas.
 —¿Y qué le vamos a hacer? ¡Mando yo acaso en el
 firmamento! Bastante tendré con cuidarme de que
 no se estrelen mis cerdos.
 —Trátales con cariño.
 —No que no, son mis animales favoritos. ¿Hay
 amigos más cariñosos del hombre? Hasta su sangre
 nos dan, como nos dan su ingenio los cómicos malos,
 en morcillas. Pero a lo que te estaba contando. A cau-
 sa de esa carroza, fui hace unos días al matadero.
 Entré en la nave de cerdos y no sé como refírte la
 emoción que experimenté. Varios de mis buenos
 amigos recién sacrificados, colgaban de unos gan-
 chos de hierro. Su sangre, enrojecía el suelo; sus
interiores, recogidos en lebrillos, causaban tanto
 horror a la vista como placer luego al gusto. Y so-
 bre todo ¡oh Calínez! había en aquella nave una
 atmósfera tan densa de porquería caliente, que to-
 dos mis espíritus belicosos cayeron por tierra,
 mientras salía de mi boca esta exclamación: «¡Dios
 mío, qué sucia debe de ser una guerra con los
 yankees!» Desde aquel día deseo ardentemente la
 paz y soy su mejor abogado. ¡Por limpieza!
 —Caramba, Gedeón, me has convencido. Cuéntame
 también entre los partidarios de la paz lo mismo
 que al elefante de la plaza de toros.
 —¿A qué elefante, a Nerón?
 —Al mismo.
 —Pobrecillo ¡qué contento se hubiera hallado en
 Valencia!
 —¿Por qué?
 —Por su afición a las naranjas. Ese Nerón llevaba
 el incendio de Roma en el estómago. Se comió dos
 cientos de naranjas y aun tenía una sed devoradora.
 —Pues mira tú las naranjas que se habrá comido
 Romero Robledo.
 —¡Hombre, no compares!

—No comparo, Gedeón. Digo que Romero Roble-
 do habrá comido muchas naranjas, porque en Va-
 lencia no ha hecho más que alimentarse. ¡Caramba
 si ha banquetado! Desde que le soltaron el toro en
 el *meeting* hasta que regresó a Madrid estuvo el
 hombre traga que te traga.
 —¿Cómo cogía Nerón las naranjas con la trompa?
 —¿Cómo cogía Romero Robledo el tenedor con la
 mano!
 —¡Las cosas que les habrá contado Nerón a las
 fieras del Retiro.
 —Romero Robledo reunió a sus amigos en el
 Congreso y les dijo que estaba satisfechísimo de su
 viaje.
 —Yo huí en cuanto me soltaron el toro, les diría
 Nerón ¡pero en cambio ¡oh fieras! si vieséis que pan-
 zada de naranjas!
 ¡Yo tomé el olivo, les dijo Romero Robledo en
 cuanto me interrumpieron los republicanos, pero
 en cambio ¡oh amigos! si vieséis qué sucesión de
 banquetes!
 —Esto que traigo, añadiría Nerón, no es más que
 un arañazo sin importancia.
 —Esto que os presento, dijo Romero Robledo, no
 es mas que una plancha sencilla, recuerdo de tan
 regocijado viaje...
 —Pero tocádmela la tripa.
 —¡Pero tocádmela la tripa!
 —¿Tú de quién hablas de Nerón ó de Romero Ro-
 bleado?
 —¿Y tú, de quién hablas, de Romero Robledo ó de
 Nerón?
 —Ya te dije antes que no compararas.
 —¡Si no comparo! ¿O es que ya en este país no
 se puede hablar de los políticos sin que se crean
 aludidos los elefantes? A propósito de elefantes.
 ¿Sabes que se ha constituido el Gobierno de Puerto
 Rico?
 —Sí, Calínez. ¡Qué felices son en la pequeña An-
 tilla! Tienen un ministro para cada dos kilómetros.
 —Lo mismo que aquí el personal de las carre-
 ras. ¿Usted que quiere ser, le preguntó Moret a un
 pretendiente—ministro de Puerto Rico ó peón ca-
 minero?
 —¿Y qué me dices del ministro de Instrucción
 pública borinqueño? Sabes cuantos centros docentes
 tiene confiados a su alta inspección? Un instituto de
 segunda enseñanza.
 —¡Cielos! ¡tiemblo por el Gabinete de la isla en
 cuanto llegue Julio.
 —Como que ya estoy yo *confeccionando* un calen-
 dario ultramarino que dice:
 Julio.—Vacaciones de los estudiantes. Crisis par-
 cial forzosa en Puerto Rico.
 Porque cerrado el instituto ¿qué va a hacer si lo
 cerrarse el ministro del ramo?
 —No te falta razón, pero si a eso vamos en cuanto
 Moret conceda la autonomía a Filipinas tendrá tam-
 bién que cerrarse. Entonces si que no nos quedará
 de nuestras antiguas colonias ¡ni un instituto de
 segunda enseñanza!

FABULITAS GEDEONICAS

EL LEÓN ENVEJECIDO

(Samaniego. Lib. III.—Fáb. IV.)

Al miserable estado
 de una cercana muerte reducido
 estaba ya postrado
 un viejo león, del tiempo consumido,
 tanto más infeliz y lastimoso
 cuanto había vivido más dichoso.

Los que cuando valiente
 humildes le rendían vasallaje,
 al verlo decadente
 acuden a tratarle con ultraje;
 que como la experiencia nos enseña
 de árbol caído todos hacen leña.

Cebados a porfía
 le sitiaban sangrientas y feroces,
 el lobo le mordía
 tirábale el caballo fuertes coces,
 luego le daba el toro una cornada,
 después el jabalí su dentellada.

Sufrió constantemente
 estos insultos, pero reparando
 que hasta el cerdo insolente
 iba a ultrajarle falleció clamando:
 «Esto es doble morir ¡fiero destino!
 porque muero injuriado de un cochino.»

*Variar no he querido
 la fábula del docto Samaniego;
 pues veo que al olvido
 le dió el gobierno que insensato y ciego
 verá a España escaparse de sus manos
 y morir, ultrajada de marranos.*

El enfermo y el médico

(El mismo. Lib. IV.—Fábula V.)

Un Bermejo sin barcos se veía
 y un Gasset importuno le decía:
 —«Usted perece; yo se lo confieso,
 pero por la alta ciencia que profeso,
 conozco y le aseguro firmemente
 que ya estuviera sano
 si se hubiese acudido más temprano
 a pulsar mi opinión inteligente.»
 Triste el Bermejo que lo estaba oyendo,
 volvió la espalda al *Imparceat*, diciendo:

—Señor *fondista*, su consejo alabo.
 A escuadra poca... la cebada al rabo.
*Todo lo parcial prudente
 aconseja en el tiempo convenientes
 que es, según Novo y Colson, vano alarde
 dar el consejo cuando llegas tarde*

El raposo enfermo

(El mismo. Lib. VII.—Fáb. I.)

El Tiempo, que consume de hora en hora,
 distritos por Silvela preparados
 y lo mismo devora
 montes agigantados,
 a un Romero quitó de día en día
 dientes, fuerzas, valor, salud; de suerte
 que él mismo conocía
 que el *meeting* de Valencia fué su muerte.
 Cercado, pues, de Bores y de amigos
 dijo en trémula voz y lastimera:
 «¡Oh, vosotros, testigos
 de mi plancha postrera,
 atentos escuchad un desengaño,
 aunque estas confesiones me revientan!
 ¡no veis cuál conjurado en mi daño
 la U. C. y el gobierno se presentan?
 Mirad los que antes ganos inocentes
 pensábamos ¡qué erguidos!
 y los pavos en tiempos diferentes
 al furor de mis garras divididos.
 Apartad los Silvelas que aquí veo,
 sus pollos, por mi furia devorados
 que resucitan y arman cacareo
 y tienen mis oídos atronados...»
 Los raposos le afirman con tristeza,
 mientras se lleva mano a las narices:
 —Tienes debilitada la cabeza;
 ni una pluma se ve de cuanto dices.
 Y nos lo puedes creer, que se veiese...
 ¡Oh gilotones! callad; ya, ya os entiendo—
 el Romero exclamó:—¡si yo pudiese
 corregir las costumbres, cual pretendí!
 ¿No sabéis que los gustos
 que yo pensé encontrar allí en Valencia
 trocáronse en disgustos
 y el pelo me tomó la concurrencia?
 Víme expuesto a las trampas de esos perros
 de la U. C. que persiguenme por guapo
 y hacen que el vulgo, mis contados yerros
 patee y que me busque algún gazapo.
 Moderar nos conviene las pasiones
 y observar vida quieta y arreglada:
 sin el marqués del Pazo y sus acciones
 y sin Tetuán, no lograremos nada.—
 Aunque nos convirtamos en corderos—
 le respondió un Ordoñez sentencioso—
 cien mil saldrán *haciendo* de Romanos,
 á costa de la fama del Raposo.
 Jamás se cobra la opinión perdida:
 esto es seguro: á más ¡usted pretende
 que muémos de vida?
 Quien fué amigo de Holguín... ya usted me entiende.
 —Sin embargo, hermanito: crea, crea...—
 el enfermo decía—más ¡qué sientol!
 ¡De nuevo mi garganta cacareal
 ¡Esto si que no es cuento!
 Adios, formalidad; ante su gente
 el enfermo orador esfuerza el grito
Revolución ó vilipendio—y siente
 que la gallina vuelva á ser pollito.

El cazador y el huron

(Iriarte.—Fáb. LII.)

Cargado de razones
 y harto ya el buen señor
 de consideraciones
 á su casa volvíase Woodfor.
 Encontró en el camino,
 cierta esquina al doblar,
 á Labra, su vecino,
 y su fortuna le empezó á contar.
 «Me afané todo el día
 (le dijo); pero ¿qué?
 si excusas á porfía
 me ofrece ora Sagasta, ora Moré.
 De alguna castellana
 es cierto que sufrí...
 lo que le dió la gana;
 mas mire usted qué *notas* traigo aquí.
 Le digo y le repito
 que tamaño... *humildad*
 no hay en este distrito,
 quien la obtenga con más habilidad.
 Con el oído atento
 escuchaba Gullón
 este razonamiento
desde el corcho en que tiene su mansión. (1)
 Y el meñiluo hocico
 sacando su merced
 dijo á Woodford. «Suplico
 dos palabritas, con perdón de usted.
 Vaya, ¡cuál de nosotros
 fué el que más trabajó?
 Esos gazapos y otros
 ¿quién se los ha cazado sino yo?
 Woodford ¡tan poco valgo
 que me tratáis así,
 me parece que en algo
 bien se pudiera hacer mención de mí.
 Que no soy ningún bobo,
 pues dimítá de Lome,
 y al autor de ese robo,
 le dí las gracias y una explicación.»
 Cualquiera pensaría
 que este aviso moral
 seguramente hacía
 á Woodford grave fuerza; pues no hay tal.
 Se quedó tan sereno.
 tan ufano Woodfor
 y de sus triunfos el relato ameno
 remitió por el cable á Nueva Yor
*Pero bueno es que sepan las naciones
 que se logró este triunfo al alimón
 y que en esas «honrosas concesiones»
 tanto como Woodford puso Gullón.*

(1) De una colmena ¡ah?

Es
nos
tupe
sas
tiocl
Co
cerd
poét
era
la m
Do
ind
cept
gari
Ex
¡F
solu
sible
No
do c
ó cu
¡qué
que
dado
¡P
y con
unfo
marr
Le
El
Ni
el cer
crude
Te
pa á
tanto
es sin
¡Q
cune
el cer
Aq
braci
unos
lada
diput
pelea
To
Im
agaz
Per
que e
conci
Pue
ve y
lera y
allí h
ca de
dido
—B
curios
Pue
vez d
—C
el cer
¡Gu
¡Gu
tiente
Ya
Des
pero
serlo,
davia
sollar
Pue
pero
Im
cerdo
Y
ment
bazof
Si s
mos
galad
¡Qu
Bie
Santa
Má
que s
Y s
nistro
Pol
Un
que le
Por
Per

En Ma
revent
do 1 Tr
lo men

EL CERDO SENSIBLE

Es una novedad que acaba de llegarnos de donde nos llegan todas las novedades sensacionales y estupidas; de los Estados Unidos, el país de las casas de veinte pisos y de la desvergüenza con veintiocho y buhardilla.

Conocíamos el cerdo triste y el cerdo alegre, el cerdo amaestrado y el cerdo con trichina; pero este poético cerdo inocente y sensible como la tórtola era especie cuyo descubrimiento estaba reservado á la mal parada diplomacia española.

Don Práxedes titubea, Gullón duda, Moret está indeciso y nadie acierta á desagraviar al cerdo susceptible sin incurrir en la majadería de echar margaritas á puercos.

En Dinamarca había algo que olía á podrido. ¡Feliz Dinamarca! Aquí no es algo, es todo absolutamente lo que exhala un olor á pocilga imposible de soportar.

Nos hemos empeñado en criar y regalar á un cerdo como quien cria un canario, un gato de Angora ó cualquier otro animal doméstico y sociable, y ¿qué ha de suceder? No pasa día sin que nos vuelque alguna cosa ó nos ensucie lo más pulcro y cuidado de la casa.

¡Pobre Gullón! ¡Quién le dijera á él, tan atildado y correcto, que había de emplear el espadín de su uniforme en rascarle los sucios lomos al cerdo de marras para que gruñía y se revuelque de gusto!

Le hemos cobrado miedo, ¿verdad, don Práxedes? El cerdo, en cambio, nos cobra todo lo demás.

Ni ¿cómo dejar de temerle cuando al cabo y al fin el cerdo es el único animal que se come los niños crudos?

Tengo para mí—como dirá Bermejo cuando rompa á hablar en las Cortes—que si Sagasta vacila tanto para disolver éstas y convocar las futuras, no es sino por miedo al de la vista baja.

¿Qué pesaría en el Congreso rebosante de tiernos cuneros y de mamones encasillados, el día en que el cerdo en libertad invadiera el salón de sesiones?

Aquí me como unas orejitas, allá me llevo unos bracitos, acullá me engullo unas narices ó desgarro unos piecitos; en poco tiempo quedaría tan mutilada la representación nacional como si los señores diputados hubieran tenido el innmerecido honor de pelear en Cuba por la patria.

Todo por el cerdo. Imitemos á los pueblos orientales en esto de agasajar, mimar y regalar al animal sagrado.

Pero ¿qué ha pasado aquí?—dirán los extraños que escuchen los gruñidos de aquel y vean el desconcierto que hoy reina en las regiones oficiales.

Pues nada; que el animalito, como todo lo revuelve y ensucia, metió el otro día el morro en la papeleta y se pinchó con un alfiler de los infinitos que allí había, porque demasiado sabemos que la política de Moret y Sagasta consiste en dejarlo todo prendido con alfileres.

—Bueno ¿y qué más?—seguirá preguntando el curioso.

Pues que ahora pide el cerdo una satisfacción, en vez de pedírsela nosotros por semejanza porquería.

—¿Y habrá satisfacción?

—Como si lo viéramos. Ya he dicho á usted que el cerdo es animal sagrado.

¡Guay del que intente molestarle!

Que se mire en el espejo de Dupuy de Lome y se tiente la ropa antes de cometer tamaño desafuero.

Ya sabéis lo ocurrido.

Después de proporcionar á Mac Kinley tácito, pero elocuente desagravio de una ofensa que deja de serlo, comparada con el delito que la descubrió, todavía dicen los yankees que falta el rabo por desollar.

Puesto que ellos lo quieren, desollemos el rabo, pero ¡no van á ser gruñidos los que se escuchan!

Imposible, imposible; hay que seguir dándole al cerdo lo que pida.

Y ¡cuidado que el animalito se ha embaulado alimentación desde que le preparó D. Segis la primera bazofia!

Si al menos con todas esas concesiones buscáramos el engorde del cerdo, su robustez, su cebo regalado para después...

¿Quién sabe? A cada cerdo le llega su San Martín.

Bien pudiera llegarle á este su San Quintín ó su Santa Bárbara.

Más esto no pasa de ser una remota esperanza que se da de cachetes con la realidad.

Y si no, vamos á ver ¿cómo se llama el nuevo ministro de España en Washington?

Polo de Bernabé.

Un diplomático vuelto, como los calcetines, para que le vean las costuras.

Porque lo lógico sería llamarse Bernabé de Polo.

Pero la cuestión es hacerlo todo al revés.

MAS SUSPIRILLOS GERMANICOS

(DE HEINE)

En Mayo, cuando los gérmenes cantan con dulces acentos, reventan de vida llenos, se quedarán sin distritos los compinches de Romero. lo menos diez mil pucheros.

(Versión de Merino.)

Cruz, Capdepón, Rodríguez Porque en tí, Fernando, uni- en otro tiempo amé yo: (dos pero hoy solo, buen Merino, encuentra mi corazón á tu suegro, á Rodríguez, á Pablo y á Capdepón. (Versión de un cunero.)

Si Tetuán supiera cuán triste y lacerado está mi corazón, arrojaría de él mi profunda pena á puñetazos.

Si supiera Linares cuán solo y cuán enfermo estoy, por consolarme, llenaría con sus trinos eróticos, el viento.

Si Elduayen el pudiente supiera mi amargura me enseñaría su cartera hermosa por disipar de mi dolor las brumas.

Pero ¡ay! que ellos no quieren saber cómo estoy ya de mosqueado y Bosch ¡ingrato Bosch! que bien lo sabe no quiere hacer de mi maldito el caso.

(Versión de Romero.)

TRIPTICO

(Contracción de «toma triptita, crítico»)

I

«Por de pronto han empezado ya á hacer fruses esos brillantes ingenios (brillantes... por su pechera) y hay abonado que, adelantándose á los acontecimientos, dice y repite en el vestíbulo del Español: «No me gusta el título del drama nuevo de D. José; no es el más propio para atraer al público. ¡En La duda, abstente!»

¡Ah, señor Echegaray! ¡Un público en Madrid hay cuyos Deus congruus est! ¡Mejor están en Bombay! ¡Es decir, en Budapest!

(Españolista andante, apuntes de M. de C. en El Imparcial del 21 de Enero de 1898.)

II

«En suma: ¿La duda ha sido un éxito?»
«Yo tengo mis dudas y me limito á observar la sabia máxima: En La duda... abstente.»

(José de Laserna, en El Imparcial del 12 de Febrero de 1898.)

III

—¿Vienes del Español, Gedeón?
—De allí vengo, Calínez de mi alma.
—¿Y qué tal?
—Vengo deslumbrado, Calínez.
—¿De la obra?
—¡Qué! hombre! de lo que le brillaba la pechera á Laserna.

..... y armas al hombro

Siguen tocándonos el himno de la carta:

«Siguen dominando en los centros oficiales impresiones optimistas respecto del incidente Dupuy de Lome, pues hasta ahora y contra los rumores con insistencia propalados, el gobierno de Washington no parece hará reclamación alguna sobre dicho asunto.»

Pues no faltaría otra cosa. Después del robo de la cartita ¿qué es lo que iban á reclamar los Estados Unidos? ¡Cómo no quieran también el burón!

Pretextos:

«Sarah Bernhardt, la insigne actriz, está gravemente enferma.»

No lo crean ustedes.

Es una excusa para no contestar á la Guerrero.

La Paccini debutó la semana pasada en el teatro Real.

Desde aquella noche asiste Gullón á diario al palco de los ministros.

Solo con el objeto de estudiar cual es la tiple más conveniente para nuestras relaciones internacionales.

Si la Paccini ó la Guerrini.

La más cómoda para el Gobierno, aunque la más desairada para el país no está ahora en la corte.

La Pascua.

El viaje de regreso:

«Parece que el Sr. Dupuy saldrá dentro de algunos días para Inglaterra, donde están recibiendo educación algunos de sus hijos.»

Es muy natural la impaciencia.

El Sr. Dupuy querrá saber qué tal van de escritura.

El espectáculo que ofrece París al mundo culto no puede ser más edificante.

Cincuenta hombres, apostados ante la casa de Zola quisieron acometer al gran escritor.

¿Por qué no le acometieron?

Por lo que indica el siguiente diálogo sostenido entre aquellos valientes:

—¡Al agua con él! ¡Ahí viene el cochel!
—Pero ¡va Zola?
—Nos hemos fastidiado; no va Zola, que va acompañada.

Después de la visita de Woodford:

«El señor ministro de Estado ha ido á consejo algo quebrantado de su salud de resultas de un ataque de bilis.»

No será el último.

Dice un periódico, mejor dicho, todos los periódicos:

«Esta tarde ha reunido el Sr. Romero Robledo á sus amigos en el salón de presupuestos del Congreso, para darles cuenta del acto realizado en Valencia.»

Yo no estuve.

Pero he visto á la Tubau en el prólogo de *La corte de Napoleón*.

Y está hecha un Romero después del viaje á Valencia.

No deja la plancha de la mano.

El sustituto:

«Está seguramente descartado el Sr. Villaurrutia para la provisión del cargo de ministro de España en Washington.»

Descartado... descartado...

Pues entonces ¡lo mismo que Dupuy!

Parecía segurísima la candidatura del señor duque de Arcos para la legación española en Washington. Su título es todo un poema.

Viene á demostrar que el tal nombramiento era, efectivamente, un arco de iglesia.

Y á propósito:

«El señor duque de Arcos reside en la actualidad en Washington y su señora es norteamericana.»

Peor para nosotros.

Por aquella sentencia que dice:

«Donde quiera que vayas, pariente de la mujer te hagas.»

Preparativos para el Carnaval:

«Muchas señoras han encargado cabezas á París para lucirlas en las próximas fiestas.»

Señores ¡qué cosa!

Encargar cabezas para días en que todo el mundo la pierde.

El viaje de presentados, que es muchísimo mejor que el viaje de novios:

«En los primeros días de Marzo llegarán á París, Aguinaldo, Agoncillo, Ramos y Llanera.»

¡Viva al rumbo!

En un par de meses se van á gastar todo el dinero y luego...

Luego á trabajar para ganarlo otra vez.

Pero sigamos con el suelto:

«Este viaje se relaciona con el proyecto de celebrar durante el verano próximo un Congreso filipinólogo en París ó en Londres.»

¿Filipinólogo?

Eso parece cosa de circo.

NUESTRA CARROZA

Compuesto ya el presente número y sin tiempo para entrar en muchas explicaciones, diremos á los lectores de GEDÉON que nuestra carroza se ha malogrado.

No por culpa nuestra, no por culpa del alcalde que hasta ayer nos ofrecía todo género de facilidades para la empresa; por culpa del Gobierno que conceptúa sin duda que correría grave riesgo el orden público y surgirían complicaciones internacionales por la exhibición de una piara de cerdos, pues á los Gobiernos medrosos hasta los dedos se les vuelven yankees.

Eso sí, los senadores de Washington pueden impunemente llamar á nuestros honradísimos y valerosos soldados incendiarios, verdugos, forzadores de mujeres, asesinos, todo ¡pero que sucedería si por los paseos de Madrid y en día de Carnaval apareciese una carroza con cerdos? Qué terrible insulto «qué grave conflicto».

Atentar contra la inviolabilidad del cerdo, animal sagrado desde que subieron al poder los liberales!

Basta. El alcalde de Madrid reclama generosamente para sí todo nuestro enojo por el bromazo que hemos sufrido. No le creemos causante de ésta, ni le haremos cargar injustamente con aquel.

La culpa de lo sucedido la tiene este Gobierno de medianías asustadizas y nulidades asustadas del todo.

¡Que nuestros cerdos les sean leves!

Ya vendrán las nuevas Cortes y se encontrarán con lo que ahora no permiten.

En cuanto al dinero que llevabamos gastado en la mano de obra y en el material de la malograda carroza se lo regalamos al Sr. Sagasta para un pariente.

¡No les ha de mantener á todos ellos el Estado!

Imprenta de EL ENANO: Arco de Santa María, 3.

Más alulayas inocentes

En la semana pasada casi no ha ocurrido nada. Solo hubo varios atranques en la cuestión con los yanques. No hay quien el pelo no tome al noble Dupuy de Lome. Porque escribió a Canalejas le tiran de las orejas. Muy contento está Barroso viendo este caso curioso. Puesto que en otras naciones hay en Correos ladrones. Dupuy de Lome ha hecho el primo dejándose dar el timo. Los ministros a Woodford le batieron el record. Por complacer al tío Sam los ministros ¡qué no harán! Va Woodford tan alegre y a Gullón le da un banquete. Al embajador germano muchos le estrechan la mano. Y a las damas principales saludan los oficiales. A Emilio Zola tarjetas remitieron los estetas. No hay ya en Madrid quien se apure viendo el cartel de Benlliure. Que no se lo encargó en balde nuestro paternal alcalde. El Imperator paladín se ha declarado por fin. Vendrán, pues, pronto a las manos los tontos y los Troyanos. Ya hay un Gobierno de bien en la bella Borinquén. Ya son los portorriqueños de su isla únicos dueños; tienen, para darse brillo, un Gobierno de bolsillo, al que bombean por mal el Globo y el Liberal. Los abonados del viernes, esos Herones en ciernes que son gente... pistonuda se han quejado con *La Duda*. Con esos señores ¡guay de Shakespeare y Echegaray! Los Artistas y Escritores dieron gusto a los señores, con su gran baile del Real, del que no habló Sasabal. Muchos los danzantes fuerza, pero *estetas* no asistieron.

"LA DUDA", EN EL ESPAÑOL

POSTDATAS PARA LA CARTA DE DUPUY DE LOME



Pónganse unos cuantos adjetivos sabrosos delante del nombre de Mac Kinley, añádanse media docena de piropos a Taylor, dedíquese un parralito aparte al Senado norteamericano y no tengo inconveniente en firmar la carta como si fuera de mi puño y letra ó sólo de mi puño ó de mis dos puños, si eso parece más conveniente.

GEDRÓN.

Pero ¡esta chico! ¡este Enriquito! ¡este Dupuy de Lome! ¡todavía no sabe, después de tres años, que entre laborantes, las paredes oyen y hasta los manos roban!

CALÍNEZ.

Pienso que el más cuerdo de todos nosotros es Germán Gamazo, que no hace más que cazar por ahí. Porque está visto que donde menos se piensa salta la liebre.

SAGASTA.

Como me nombren a mí no quiero saber más que una cosa: si voy a Washington en clase de helado ó de ardiente polo.

POLO DE BERNABÉ.

¡Bah! ya salimos del paso y no hay que extrañar la homilia.

PIO GULLÓN.

Declaro que ninguno de mis amigos, sean ó no sean laborantes, es capaz de sustraer una carta... sin dinero dentro.

ESTRADA PALMA.

Nunca será bastante alabada la taquigrafía como medio de llevar al corriente la correspondencia epistolar.

MORET.

En el presente negocio, al gobierno autónomo solo le corresponde oír, ver y callar; porque ¡cuálquiera se atreve a tomar cartas en este asunto!

JOSÉ M. GÁLVEZ.

Bueno ¡y por dónde vamos a encasillar a Dupuy en cuanto llegue?

CAPEPÓN.

Los yankees nos han hecho una jugada ¡corriente! pero conste que ha sido con una carta robada. ¡Y luego dirán que juegan limpio!

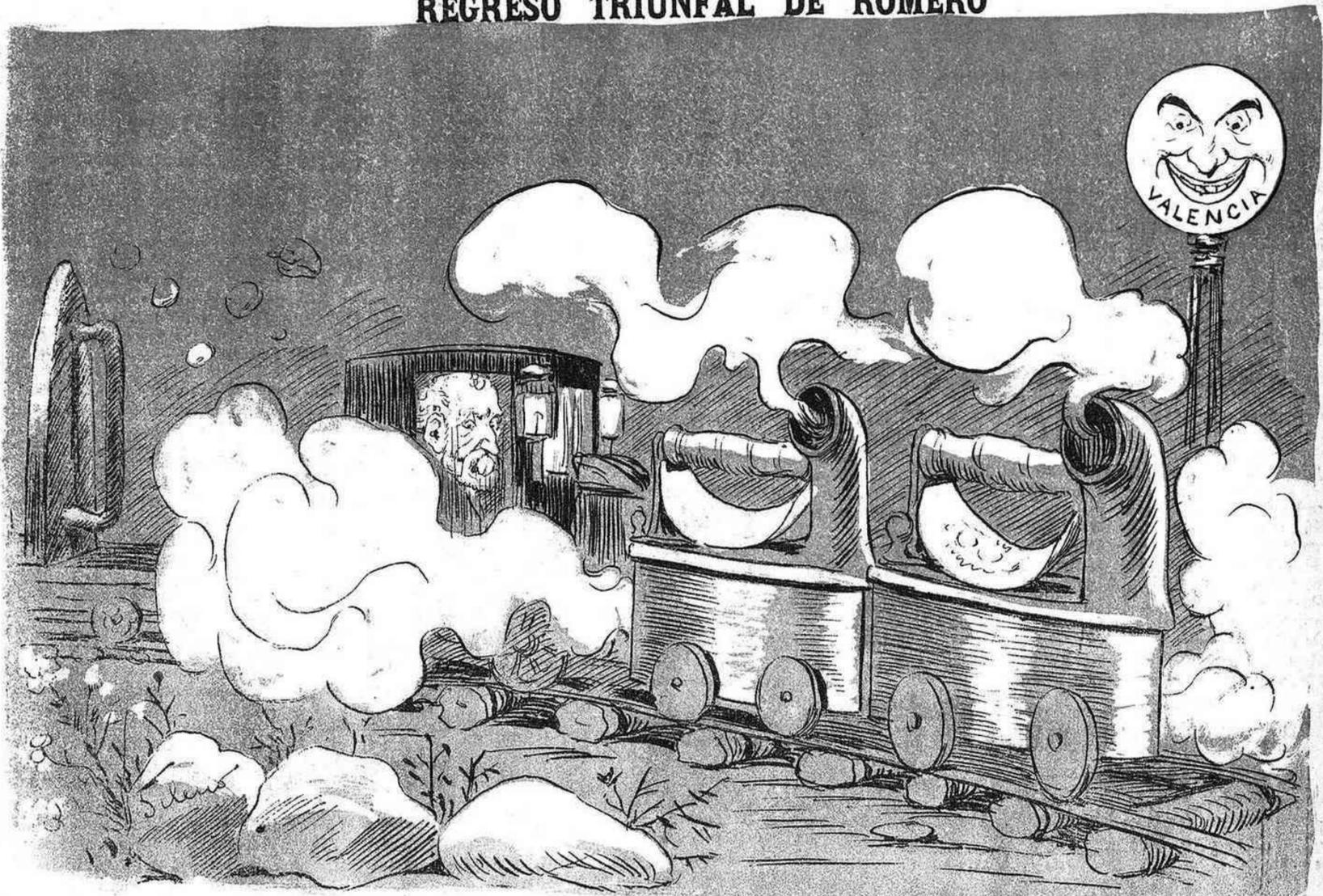
PIAVE.

De todos modos, hay que recomendar al general Blanco la mayor vigilancia para garantizar la inviolabilidad de la correspondencia... y del Herald.

CANALEJAS.

Crónica científica en tres actos de D. José Echegaray sobre las oscilaciones del péndulo.

REGRESO TRIUNFAL DE ROMERO



Vuelve de Valencia con doble tracción: una pectoral y otra de riñones.